NOTAS

LAS TRADUCCIONES DE BRIGHTON ROCK

*Diego Sheinbaum**

RESUMEN: Se analizan algunas traducciones de la obra *Brighton Rock* de Graham Greene, haciendo una breve comparación entre versiones y valorando sus aciertos y sus pifias. Lo curioso, en este caso especial, es que ambas pertenecen al mismo traductor.

PALABRAS CLAVE: Graham Greene, *Brighton Rock*, traducción, Bausile, cosmovisión.

ABSTRACT: In this article, we analyze various translations of *Brighton Rock* by Graham Greene, briefly comparing two versions and emphasizing the translator's rights and wrongs. Funny enough, both versions belong to the same translator.

KEYWORDS: Graham Greene, *Brighton Rock*, translation, Bausile, worldview.

NOTAS

LAS TRADUCCIONES
DE BRIGHTON ROCK

192

Cuando en 1938 Graham Greene publicó *Brighton Rock*, pensó que se trataba de un mero entretenimiento. *Brighton* es eso y algo más. Las risas que provoca no están reñidas con los afanes de un autor que se toma muy en serio su trabajo. No sólo hay seriedad en la construcción de los personajes, y en el logrado concierto de sus interacciones, sino en el relieve que le da a la trama la cosmovisión católica. Las visiones de eternidad y martirio transfiguran las sórdidas acciones en una batalla metafísica. Desafortunadamente, para el lector hispano poco de esto es perceptible en las traducciones que se han realizado.

La habilidad de Greene se siente desde el rápido pulso de la primera línea: “Tan sólo llevaba Fred Hale

tres horas en Brighton cuando sabía que lo iban a asesinar.” El resto del primer párrafo convierte a Fred en un personaje entrañable, que es perseguido por una banda de matones y que, para el final del primer capítulo, ha sido asesinado. En realidad, Fred sólo sirve para introducir a Pinkie, quien, a sus 17 años, es el nuevo líder de una banda de cobradores. Por su orgullo y maldad, Pinkie pertenece a la tradición que inauguró Milton con su Satán. Su gran violencia esconde su profunda vulnerabilidad. El único resorte que mueve a su psicología es el desprecio.

La trama se desata cuando los secuaces de Pinkie no son lo suficientemente cuidadosos en el asesinato de Fred. Una vez que las coartadas

no funcionan, Pinkie utiliza los medios más extremos para ocultar el homicidio. El obstáculo más grande es Rose, una joven mesera, pobre e inocente, que recuerda lo que debería olvidar y olvida lo que debería recordar. Para silenciarla, Pinkie va de las amenazas al cortejo, al matrimonio, al simulacro de un pacto suicida. El asco que le provoca el sexo y el terror que le produce el matrimonio vuelven hilarante el movimiento pendular de la novela.

En la oposición entre Pinkie y Rose, Graham Greene exhibe su temprana maestría. Las características que separan a estos dos personajes son tan fuertes como las que los unen. Ambos son católicos, jóvenes y del mismo barrio miserable, pero Pinkie cree en el infierno y Rose en el cielo; Pinkie en el tormento y Rose en el perdón; él carga una botella de ácido, ella un rosario. Sus encuentros y desencuentros le dan a la novela su agria dulzura.

Por si fuera poco, a la visión católica de ambos el autor contrapone la visión mundana de Ida. Ella no cree en la maldad o en la bondad, sino en un vaso de oporto en una tarde soleada. Ella conoce a Fred durante sus últimas horas y, cuando se entera de su “muerte natural”, decide investigar, transformándose en una *sui generis* detective. Su experiencia, humor y voluptuosidad se confrontan a cada paso con la inocencia, seriedad y falta de sensualidad

de Pinkie y de Rose. Mientras ellos dos creen en otro mundo, en el bien y en el mal, Ida afirma la vida, lo justo y lo injusto. Así, Graham Greene crea un conflicto permanente que va desde sus fisionomías hasta sus creencias últimas.

Por todo esto, *Brighton Rock* es una novela seria y divertida, una obra que, en su momento, debe haber sacado chispas en las mentes de sus lectores y que hoy genera, por lo menos, admiración. Si bien la trama y los personajes no han envejecido, no se puede decir lo mismo de la ejecución. Las escenas son desarrolladas con una parsimonia a la que el cine y la televisión nos han desacostumbrado. Los personajes están situados dentro de un paisaje humano y natural, cuya descripción tiene el suficiente peso para alentar el avance de la novela. Sin embargo, hay grandes momentos en la exploración de la atmósfera, como cuando el narrador describe el choque de Pinkie con el director de una orquesta ambulante de ciegos: “Todos los músicos, al advertir que su jefe vacilaba, se movieron llenos de zozobra y se detuvieron hasta que Pinkie hubo pasado, como barcos inmovilizados en el vasto Atlántico” (p. 232).

En la versión en español, la novela goza de otras peculiaridades. Los lectores la pueden encontrar en cuatro distintas ediciones (Plaza & Janes, Caralt, Quinteto y Edhasa) con dos

NOTAS

traducciones distintas. Lo más curioso es que ambas son de Juan Lladó Bausile y, sin embargo, son lo suficientemente disímiles para fomentar la especulación y la crítica. La publicada por editorial Caralt y Plaza & Janes es infame, por los menos en la evidencia que dan sus primeras páginas; mientras que la decencia de la traducción aparecida en Edhasa y Quinteto merece ser comentada de manera más amplia.

Antes de hacerlo, vale la pena asomarse al misterio de estos principios diferentes que ofrece un mismo traductor. “Era un hermoso reino para hacer el mal y nunca más recordarlo”. Ese es el perfecto epígrafe de la versión impresa por Edhasa y Quinteto, el cual es desfigurado en la otra versión hasta obtener algo obtuso que no guarda relación con la encarnación del mal en la novela: “Era una paraíso turbador para gozarlo y nunca más recordarlo.”

¿Tomó el traductor un propedéutico de estilo entre la primera y la segunda versión? La respuesta importa poco. Lo fundamental es que la traducción de Edhasa y Quinteto maneja una prosa fluida y succulenta. Si bien se le puede imputar que, en no pocas ocasiones, suprime metáforas, frases, incluso párrafos completos, hay ocasiones en que enmienda la plana a Greene. Ejemplos de pifias los hay muchos, pero el mayor defecto

de la traducción es no hacerle justicia a la cosmovisión que permite identificar a Pinkie con esa genealogía de malvados que inaugura Milton. Dos ejemplos bastan para ilustrar este punto. Mientras el texto original habla así de los ojos de Pinkie: “the slatery eyes were touched with the annihilating eternity from which he had come and to which he went”, el traductor no respeta el oxímoron ni la visión católica y echa mano de una frase coloquial para resolver la frase en español: “Sus ojos esbozaban aquel cansancio peculiar de los que están de vuelta de todo.” (p. 39).

Algo similar ocurre cuando se enfrenta a la siguiente oración: “They all three left their fish untasted as they stared at the Boy-like children before his ageless eyes”. “Los otros” traduce Bausile, “permanecían quietos, mirando fijamente al muchacho” (p. 43). Con ello, olvida el plato de pescado y le corta una mano a la frase, al no traducir: “like children before his ageless” (como niños ante sus ojos sin edad). Esta omisión es más grave porque, por medio de esta figura, se siente el hallazgo creativo de hacer de Pinkie un niño matón entre matones niños.

Junto a estas pifias, la traducción exhibe también aciertos. Por momentos, Bausile aligera el estilo farragoso de Greene (en proceso de maduración en esa época), al acortar las des-

cripciones; en otras ocasiones, esconde la conspicua presencia del narrador. Sin embargo, para infortunio de los lectores mexicanos, es difícil encontrar la edición de Edhasa o de Quinteto en las librerías. Incluso la obra de Greene tiene una escasa presencia. Esto sorprende por el contraste con España (donde Edhasa ha publicado una “colección diamante” que incluye importantes novelas en una presentación limpia, elegante y accesible) y por el valor de Greene en sí mismo. Quizá su importancia

pueda sentirse en las palabras que le dedican, primero, Borges y, después, J.M. Coetzee. Para el primero, su obra tenía la intensidad del tigre y la variedad del ajedrez; para el segundo, una de las maneras de circunscribir el peculiar territorio de *Greeneland* es el epígrafe de Robert Browning, que le encantaba citar al propio Greene:

“Nuestro interés en el peligroso borde de las cosas:
el ladrón honesto, el asesino tierno,
el atea supersticioso...”¹

¹ J. M. Coetzee, *Inner workings: literary essays 2000-2005*, pp. 160-68.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.